

CAPITULO V.

Adquisición y conservación de los conocimientos.

80.—**El conocimiento y sus grados.**— Después de haber tratado lo relativo á la parte afectiva del hombre, tratemos ahora de lo que corresponde á su parte *cognoscitiva*.

La inteligencia, facultad de conocer y comprender abraza en sí todos los fenómenos ú operaciones intelectuales, que forman la teoría del conocimiento.

Los grados ó momentos del conocimiento son tres: *adquisición, conservación, elaboración*. La adquisición es el acto, por el cual el entendimiento se apodera de la idea y la adquiere. La conservación, es el hecho, por el que la idea se conserva y puede reproducirse en el espíritu, en virtud de la memoria y de la imaginación. La elaboración es el fenómeno por el cual se forman las ideas abstractas y generales, el juicio y el razonamiento.

Ahora bien, puede admitirse, según ya hemos visto, aquél principio de que nada existe en el entendimiento, que no haya estado en los sentidos sino es el entendimiento mismo; según esto, los sentidos son de inmensa importancia en el conocimiento, por lo que ha dicho Janet: "Toda la teoría del conocimiento, se

reduce, en definitiva, á dos principios: los sentidos y el entendimiento: los sentidos ó facultad de ser afectados por los objetos exteriores; y el entendimiento ó facultad de conocer y de comprender, la cual se divide en dos facultades; la conciencia, por la cual llegamos á la sustancia y las causas finitas; y la razón, por la cual llegamos á alcanzar lo absoluto y los principios necesarios y universales "

Puesto que los sentidos así son indispensables al conocimiento, trataremos de ellos.

81.—**Los sentidos.**—Son cinco; el gusto, el olfato, el oído, la vista y el tacto, aunque á éstos se añade el *sentido muscular*.

Los sentidos son los intermediarios entre el mundo tangible y el espíritu, de manera que tienen por objeto ponernos en comunicación con ese mundo, además también ayudan al espíritu á conocer las cosas incorpóreas, pues que excitándolo por las impresiones sensibles lo llevan al mundo espiritual.

Los sentidos deben distinguirse de los órganos de los sentidos; éstos son instrumentos materiales que forman parte de nuestro cuerpo, los otros son funciones, modos de acción de la sensibilidad, ejerciéndose por ciertos órganos.

Los objetos exteriores obran sobre los órganos de los sentidos, los nervios así excitados operan á su vez sobre el cerebro, quien transmite la sensación al alma. Este es el mecanismo de los sentidos.

82.—**Jerarquía de los sentidos.**—Entre los sentidos hay unos meramente estéticos ó que nos transmiten en su mayor parte nociones de belleza, y

son el oído y la vista, y otros, el tacto, el olfato y el gusto, que en lo general nos dan nociones de utilidad; la pintura, la escultura, la música, son objetos de los primeros, mientras que de los segundos, lo son las demás artes y ciencias. Es verdad, que casi todos los conocimientos humanos son debidos no á un solo sentido, sino á la concurrencia de dos ó más y algunas veces de todos; pero ningunos entre ellos están encargados más directamente de darnos los conocimientos estéticos que el oído y la vista. No es del resorte de esta obra entrar en todas las cuestiones que agita la filosofía al tratar de los sentidos, por lo mismo, nos contentaremos con hacer ver la importancia que encierra la educación de ellos.

Los sentidos, como todas las facultades humanas, son susceptibles de educación. La repetición de actos bien ordenados los perfecciona hasta un grado admirable. Las artes mecánicas, sastrería, tipografía y tejeduría; etc. muestran la perfección á que pueden llegar los sentidos. Entre las artes liberales, ciertos músicos, se sabe que llegan á tal pericia en su arte, que descubren el medio tono; los griegos percibían el cuarto de tono, y ha habido músicos que perciben perfectamente la diferencia entre 1,149 y 1,445 vibraciones. Todos los días vemos á los maestros en este arte, percibir perfectamente en una orquesta, no sólo los acordes más complicados, sino el timbre especial de cada instrumento. Otro tanto puede decirse de la pintura, en cuyo arte se perfecciona el sentido de la vista, hasta el grado de discernir matices muy delicados y apreciar líneas y contornos inapreciables

del todo, á vistas no ejercitadas. Pero lo que prueba mejor el grado de perfección que pueden alcanzar los sentidos, son los ciegos de nacimiento, en los que se desarrolla el tacto y el oído hasta lo increíble, puesto que llegan á aprender geografía, matemáticas, música escrita, y varias artes de utilidad y de recreo.

La naturaleza, como en otra parte lo hemos dicho, comienza por educar los sentidos del niño, más tarde viene el arte en su apoyo y termina su completa educación. El institutor debe cuidar mucho que se eduquen convenientemente los sentidos, y un buen pedagogo debe comenzar por ello, pues que siendo estos los conductos por medio de los cuales enriquecemos el alma de conocimientos, necesario es que sean bien dirigidos para que nos lleven á la verdad, de lo contrario nos conducirán infaliblemente al error.

Para que los sentidos cumplan tan elevada misión, es preciso, ante todo, que los órganos que les sirven estén sanos. Ausencia de órganos, ausencia de sensación, dicen los fisiólogos; igualmente puede decirse: defecto de órganos, defecto de sensación y de percepción, y cuando los órganos de los sentidos están enfermos, sin duda que carecen de la idoneidad suficiente para transmitirnos con fidelidad las sensaciones y percepciones.

Los sentidos tienen sus leyes á las que se sujetan para obrar. Los objetos del mundo corpóreo tienen igualmente leyes que los rigen. Entre los órganos de los sentidos y los objetos que los excitan, existe una relación directa; pues bien, para que esa relación sea lo que debe ser, es necesario atender á las

leyes de los sentidos y de los objetos; por ejemplo, es ley del sentido y de la vista que perciba la *figura* según su posición, lugar, distancia, luz, etc., y es ley de esa misma figura, variar según el lugar y la distancia desde donde se observa, sí, pues, no se atiende á tales leyes, la *relación* entre el ojo que percibe y la figura percibida, será sin duda errónea. Los montes mirados desde cierta distancia nos parecen azules, un barco mirado desde muy lejos, nos parece pequeño.

Es conveniente y hasta necesario, el que los sentidos se auxilien unos á otros, de esta manera su testimonio será tanto más fidedigno cuanto mayor sea el número de los sentidos empleados en el conocimiento de la verdad.

Es criterio de verdad preceptuado por la lógica, la pluralidad de testigos; y en efecto, mayor peso tiene el testimonio mientras mayor número de testigos, concuerdan en una misma afirmación sobre un mismo hecho.

Cuando los sentidos se hallan en contradicción unos con otros, su testimonio es sospechoso, y entonces habrá que inclinarse á aquél que sea más propio para juzgar del objeto dado. Sea el ejemplo de una vara metida oblicuamente dentro de el agua, aparece curva á la vista, mientras que á la mano que la sigue á través del líquido, le parece recta. El testimonio de la mano es en este caso superior al de la vista, puesto que ella se aplica inmediatamente al objeto mientras el ojo no, pues mira al través de otro objeto.

Si los sentidos se encuentran en contradicción con

las leyes de la naturaleza, nos debemos inclinar á creer su testimonio como falso. Las leyes de la naturaleza no se alteran mientras que los sentidos pueden sufrir alucinación, debido á alguna alteración de sus órganos.

Lo mismo debe decirse cuando el testimonio de los sentidos está en contradicción con el de los demás hombres, pues también en este caso se puede padecer alucinación.

«Las alucinaciones son muy comunes, y las inteligencias más elevadas, no están libres de ellas muchas veces. Byron imaginaba que se le aparecía un espectro, que según él mismo confiesa, era mero efecto de un exceso de trabajo cerebral. El Doctor Jhonson, decía que solía oír distintamente la voz de su madre gritando "Sam," aunque se hallaba á la sazón muy léjos de ella. Goethe asegura con toda formalidad, que un día vió venir hacia sí un personaje que era su propia imagen. Descartes, después de salir de un largo encierro, fué seguido por una persona invisible, que le instaba para que prosiguiese el descubrimiento de la verdad. Lutero creyó haber visto al diablo, y le tiró el tintero. Ejemplos todos que prueban que las alucinaciones pueden existir con una razón perfectamente sana, que las reconoce y les da su verdadera importancia.» (1)

Otras veces se percibe un objeto real; pero se comete al percibirlo algún error ó equivocación: en este

1 Fisiología. Thos H. Haxley.

caso se padece *ilusión*, suceso también muy común. El movimiento aparente de los árboles y vallados que vemos al tiempo de correr con la velocidad de un convoy sobre un ferrocarril, es un ejemplo de ilusión, pero ésta se corrige inmediatamente por el juicio. El espejismo en el mar ó en los desiertos, es otro ejemplo de lo mismo. Cuando la imaginación se halla afectada en grado morboso por causa de miedo, superstición ú otra semejante, está más expuesta que nunca á padecer ilusión. En tales casos, los pliegues de las ropas ó las formas de los muebles, vistos á una luz escasa y macilenta se toman por apariciones; las nubes se convierten en ejércitos y el cielo se muestra teñido en sangre; si la perturbación mental es todavía más profunda, se equivoca á una persona con otra, á los animales con formas humanas y vice-versa, un sombrero viejo aparece como una corona real, y un puñado de guijas como un montón de oro." (1)

Puesto que semejantes causas producen lo que se llama *alucinaciones é ilusiones*, se debe cuidar en demasía de no emplear los sentidos con alguna prevención. Las opiniones, los deseos, la autoridad; influyen mucho sobre nuestros sentidos, haciéndonos ver en las cosas lo que no hay ó más de lo que hay.

En resumen; de lo dicho se infieren las siguientes conclusiones:

1.ª La educación de los sentidos se logra por el ejercicio continuo y bien dirigido.

1 Fisiología é Higiéne por Thos H. Huxley.—Aberraciones del entendimiento.

2.ª Perfeccionense uno á uno los sentidos, comenzando por los que nos dan sensaciones y percepciones simples y acabando por los que nos las dan más complejas.

3.ª Poner de manifiesto al niño los errores en que se puede incurrir por el uso de los sentidos, más bien práctica que teóricamente y después enseñarles la manera de corregir dichos errores.

4.ª Enseñarle al niño á hacer el debido uso de los sentidos, aplicando cada uno al objeto á que está destinado.

5.ª Enseñar al niño á auxiliar mutuamente sus sentidos.

6.ª Enseñarle el objeto de los sentidos y el valor que tienen como criterio de verdad.

7.ª Procúrese la higiene de los órganos de los sentidos para conservarlos sanos, de modo que podamos hacer el conveniente uso de ellos.

33.—La atención.—La atención es la *actividad* del espíritu. Cuando éste está, por decirlo así, en *reposo*, sólo tiene *visiones pasivas*, cuando se pone en actividad, tiene lo que llaman los filósofos, *visiones activas*; de aquí esa distinción que existe en todas las lenguas, entre las palabras *ver* y *mirar*, *oír* y *escuchar*, *tocar* y *palpar*, *sentir* y *oler*, *probar* y *gustar*; pues no es lo mismo ver que mirar, oír que escuchar, tocar y palpar, sentir y oler, probar y gustar; se puede ver sin mirar y mirar sin ver; el primero de estos actos es la *visión pasiva*, es decir, lo que afecta al espíritu sin que éste se fije en ello, más bien, la no atención, ó negación de este acto, el segundo es la *visión activa*, la atención del espíritu sobre aquello que le afec-

ta, la aplicación del alma á un objeto. la *fuerza del espíritu*, como le ha llamado Malebranche.

Si queremos conocer alguna cosa, sea por ejemplo, una ciudad á donde acabamos de llegar; todo lo que al principio nos parecía confuso cuando andábamos calles y más calles sin atender, aparece claro á nuestro espíritu, si empleamos la atención. Todos hemos experimentado este hecho. Así también observamos que el gran número de ideas que teníamos en el alma debido al gran número de objetos que encontrábamos al paso, con la atención ha quedado reducido á un corto número de ideas. Igualmente encontramos que después de haber dejado la ciudad, recordamos todas sus partes, tanto más claramente y mejor, cuanto más hemos atendido. De manera que en este sencillo ejemplo encontramos tres hechos esenciales, producto de la atención: 1.º La claridad de las ideas. 2.º La disminución del número de éstas. 3.º Su recuerdo; así que diremos:

La atención hace nuestras ideas más claras y distintas, por lo mismo nos da á conocer mejor los objetos, observando que á mayor atención, mayor claridad y distinción en las ideas.

La atención disminuye el número de los objetos que debemos conocer, como el producto de una operación de sumar, disminuye el número de cifras que componen los sumandos, sin disminuir el valor de ellos; observando que á mayor atención menor número de ideas.

La atención deja recuerdo de las ideas, recuerdo que dura tenazmente, observando que á mayor aten-

ción, mayor facilidad, prontitud y tenacidad en el recuerdo.

Por oposición á las leyes señaladas, diremos:

La no-atención, oscurece y confunde las ideas, de manera que á mayor desatención, mayor confusión y obscuridad en las ideas.

La no-atención acrece el número de los objetos que debemos conocer; de manera que á mayor desatención, más número de objetos.

La no-atención no deja recuerdos de las ideas, de manera que á mayor desatención, menor recuerdo.

Además, la atención establece por sí el orden, mientras la desatención origina el desorden.

84.—**La atención en sus diversas formas.**—

Se llama simplemente *atención* cuando es la aplicación del espíritu á un objeto externo. *Reflexión*, cuando la aplicación es sobre el espíritu y sus diversas ideas, *reflexionar*, reflejar el espíritu sobre sí mismo. *Contención*, esfuerzo de atención que en vez de ayudar á el alma la enerva. *Aplicación*, atención continuada. *Meditación*, reflexión seguida y profunda. *Contemplación*, especie de meditación de lo bello ó de lo que parece serlo.

La reflexión es más creadora que la atención, pero la meditación lo es más que ambas.

La atención como las pasiones, puede pecar por exceso ó por defecto; en ambos casos es incompleta y sirve de impedimento al espíritu; en el primer caso produce la distracción, en el segundo el ensimismamiento; conviene, pues, hacerla firme sin dureza y flexible sin flojedad, el secreto para conseguir esto, es el estudio metódico, la ocupación ordenada, y el

ánimo tranquilo; de esta manera la atención tendrá sus dos principales cualidades, que son: *extensión* y *duración*, la primera, por la cual abarca muchos objetos, y la segunda, por la cual persiste largo tiempo.

"La falta de método es por sí sola una serie de distracciones; el desorden en la conducción de los negocios es un manantial continuo de desconcierto, pues llamando la atención hacia muchos lados á un mismo tiempo, la debilita. Las pasiones desordenadas turban el corazón é imposibilitan al entendimiento para fijarse en objetos diferentes de los que á ellas halagan.

"Todas las reglas de la atención, pueden reducirse á lo siguiente: amor á la verdad, método en el estudio, orden en todas las ocupaciones, conciencia pura y tranquila." (1)

85.—Poder de la atención.—La atención es una fuerza del espíritu, y como tal, tiene un poder que es siempre el secreto de las grandes cosas realizadas por el hombre. Bufón llamó al genio *una larga paciencia*, y esa larga paciencia de Bufón, la entendía el sabio naturalista, como la perseverancia de la atención. Newton, cuando se le preguntaba cómo había descubierto el gran principio de gravitación universal, respondía. «Pensando en él siempre,» es decir, siempre atendiendo.

No hay ningún trabajo de importancia que se haya llevado á buen fin, sin que la atención no haya tomado una parte importante. De todo se puede sacar par-

1 Bálmes.

tido atendiendo, no hay libro ó acontecimiento, conversación ó espectáculo, por insignificante que parezca, que no nos pueda dar algún conocimiento si atendemos; es más, en muchos casos la atención suple al talento, y hay quien asegure que la diferencia capital de los espíritus, resulta de la diversidad en los grados de atención. Se ven personas de fácil y rápida concepción, de clara y sagaz inteligencia, de imaginación rica y tenaz memoria, pero que sin embargo carecen de atención; estos hombres apesar de sus relevantes prendas, nada harán digno de llamar la atención, mientras por el contrario, hay personas de lenta percepción, obscura inteligencia, frágil memoria y pobre imaginación, pero atentas y observadoras, que llegan á hacerse notables.

La atención, si no es el genio mismo, es la fuente del genio. Si no es el talento y el juicio, sí es el primer medio para pensar bien. Además, es el fundamento de las buenas y corteses maneras sociales. Bálmes dice que el hombre atento posee la ventaja de ser más urbano y cortés; porque el amor propio de los demás se siente lastimado, si notan que no atendemos á lo que ellos dicen. Es bien notable, añade el filósofo, que la urbanidad ó su falta, se apellidan también atención ó desatención.

Por fortuna, la naturaleza ha dotado á todos los hombres de la atención necesaria para alcanzar cierto grado de conocimientos, de manera que por desatento que se sea, se llegarán á alcanzar las ideas más indispensables. En general, el poco ejercicio de esa atención natural á que nos hemos referido, nace más

bien de la pereza del espíritu, pues siendo un trabajo la atención, muchas personas rehuyen este trabajo, apareciendo desatentas, más no porque en realidad lo sean, sino por pereza intelectual.

86.—La atención en el niño.—Los niños son siempre desatentos. Dicen los padres y los maestros; más si bien se observa, aunque la infancia trae consigo la inconstancia, veleidad, atolondramiento y desatención, los niños no son en realidad tan desatentos como se les juzga, podrá faltarles la firmeza de atención, pero poseen la atención natural de que hemos hablado, y que como un instinto tiene el espíritu humano. Esta afirmación parecerá, á primera vista, extraña y absurda, más no lo es. Si se considera que el espíritu *nuevo* del niño posee un vivísimo deseo por conocerlo todo y de aquí el querer tocar cuanto mira, y esa ansiedad febril por contemplar los objetos que se ponen á su vista, y ese marcado instinto de curiosidad tan propio de esa edad, que originan las continuas preguntas acerca de lo que miran ó conocen los niños, ó han oído hablar. Cualquiera espectáculo, una conversación amena y agradable, un cuento de hadas y monstruos, algo maravilloso y fantástico, algo bonito y agradable, fija profundamente la atención del niño. Nadie podrá negar estos hechos, confirmados á diario por la experiencia.

Si el niño se muestra desatento en las clases y no aprende sus lecciones debidamente, es porque estas no se revisten de lo agradable, porque no afectan vivamente su imaginación, sino que por el contrario, se le presentan áridas y pesadas. Véase cuán atentos se

muestran los niños en una clase en que el educador les enseña por medio de agradables juegos. Se ha de enseñar deleitando, dijo un autor antiguo; entre los modernos. Spencer, dice á este respecto lo siguiente:

"Un estado placentero del ánimo es mucho más favorable á la actividad intelectual que un estado de indiferencia ó de disgusto. Todo el mundo sabe que las cosas leídas, vistas ú oídas con interés, se recuerdan mejor que las que se han leído, visto ú oído con apatía. En el primer caso, las facultades se han ocupado activamente en el asunto que les interesaba; en el segundo caso, se han ejercitado de una manera pasiva solamente; de donde resulta que, la atención se distrae, y se dirige hacia las cosas más agradables. De ahí, que las impresiones sean respectivamente fuertes y débiles. Además, á la indiferencia intelectual ocasionada por la falta de interés en cualquiera clase de estudios, se une el temor á las consecuencias, el cual distrae la atención del niño y aumenta la dificultad que haya al querer fijar el pensamiento en los asuntos ó hechos que le son desagradables. Resulta claramente, que la eficacia de toda actividad intelectual será, en igualdad de circunstancias, proporcionada al placer ó satisfacción con que se ejercitan las facultades."

A la pedagogía racional le importa sobre manera señalar la diversidad de las causas que originan ó excitan la atención, puesto que ésta es, por decirlo así, la llave que franqueara al espíritu la entrada al mundo de los conocimientos; por desgracia, las observaciones que hasta hoy se han hecho, son insuficien-

tes, por lo tanto las mencionadas causas no se han podido aún reducir á teoría científica. Esto no quita, sin embargo, que se puedan señalar á más de las causas señaladas, algunas otras de carácter puramente fisiológico sacadas de la observancia de los temperamentos en el niño.

El niño de temperamento nervioso, impresionable en sumo grado, es en lo general atento, más su atención es poco firme y duradera. «Los niños muy impresionables, dice Bernard, experimentan un número demasiado crecido de sensaciones diferentes para que transmitan al cerebro una resonancia duradera: de ahí un hábito de atención pronta y diseminada caprichosamente.

Los resortes de la atención, fácilmente ceden en esas naturalezas extremadamente sensibles. Obsérvese que el carácter general de la atención, es el ser de corta duración y móvil, al grado que afirman respetables autores (1) el aserto comprobado por la experiencia diaria, de que la atención se fatiga en el niño pequeño al cabo de cinco ó seis minutos, y de treinta á cuarenta y cinco minutos en los estudiantes más adelantados; y aquí se habla de personas de vigorosa voluntad; ¿qué será, pues, cuando se trate de esos temperamentos móviles, tornadizos, impresionables y vivos? Los niños de temperamento linfático, tienen sobre los de temperamento nervioso la ventaja de ser más atentos, precisamente por la razón contraria que ha expuesto Bernard.

i Horacio, Grant y Chadwick.

Se ve en la observación diaria que se hace sobre los niños, á los de temperamento linfático generalmente concebir con dificultad, pero concebir bien, por lo mismo que su atención es más firme y duradera; puede ser que sea reducido el número de ideas que abarquen; pero de fijo, esas ideas serán claras y tal vez hasta precisas. Su atención libre de ese vaivén que agita la sensibilidad del nervioso, lenta y perezosa, es verdad, pero concentrada, hará que conozca su espíritu mejor los objetos que se le ponen delante.

En la vida real; se ve á menudo al hombre de vivacidad y de pronta y rápida concepción, quedar atrás de otro de quien por su poca vivacidad no se esperaba gran cosa. El primero suele ser espíritu incompleto, por decirlo así, pues todo se disipa en una movilidad inútil, que parece hacer mucho, pero en realidad nada hace, y es que su cerebro no tiene más que fragmentos de verdad, es que todo lo exagera, es que se muestra siempre superficial, porque nada medita, y sólo vive impulsado por un flujo y reflujo de sensaciones que lo sacuden de continuo. El hombre linfático por el contrario, reposado, lento y perezoso, parece no activarse, su espíritu trabaja poco, es verdad, pero con fruto; suele ser en el mundo, cuando ha sido debidamente educado, de exactas ideas y es píritu claro, firme y práctico.

Los niños de temperamento sanguíneo, poseen una atención media, por lo mismo, ni son exagerados, ni tampoco tienen un corto número de ideas, como los linfáticos; es que en ellos, el número de sensaciones diferentes que afectan al nervioso es más reducido no

siendo á la vez tan vivas dichas sensaciones, pero su atención aun es más floja que en los linfáticos por lo mismo que perciben con más facilidad que éstos.

Algunos autores afirman la posibilidad que hay de determinar previamente, por datos frenológicos la capacidad de atención de un niño, asegurando como un hecho fuera de duda, que la salida pronunciada de la región frontal del cráneo es indicio seguro de gran atención.

Nosotros creemos, que aun tratándose de frentes deprimidas la atención puede desarrollarse y hacerse hábito siempre que la educación sepa dirigir convenientemente la fuerza del espíritu.

Hemos visto, al tratar de los instintos, como éstos se cambian y desaparecen, y como á la vez se adquieren otros que no estaban en el organismo. Ahora bien, si es posible modificar y aun corregir á la naturaleza por el arte, como de hecho lo es, según lo hemos probado, ¿por qué desesperar si la observación nos dice que sólo existe la atención en personas de frentes prominentes ó en niños de temperamento linfático?

Finalmente, la atención se educa y llega á perfeccionarse mediante el orden y la repetición de actos.

Jamás se recomendará á los educadores seficientemente, el que procuren con celo é interés, formar en sus discípulos el hábito de atención.

LA MEMORIA.

Las sensaciones dejan en nuestro espíritu algo así como una copia de ellas, la facultad que reproduce esas sensaciones se llama imaginación, la facultad que las *recuerda* se llama memoria. Hemos dicho *recuerda*, y en efecto recordar *algo* es no sólo representar ese *algo* en nuestro interior, sino *reconocerlo* como ya percibido anteriormente. Si se recuerda sólo la imagen, la memoria se llama imaginativa, si se recuerdan ideas y pensamientos, se llama intelectual; si se recuerdan los afectos y emociones, se llama memoria del corazón.

La memoria imaginativa, á pesar de representar imágenes, no es la imaginación; la imaginación reproduce las sensaciones; la memoria es el acto que hace á la imaginación volver á reproducir las imágenes de objetos percibidos antes, y que, como hemos dicho, son reconocidos por el espíritu como antiguos conocidos. Además, la imaginación puede, si quiere, modificar la imagen de la sensación recibida, la memoria no, recuerda simplemente la imagen como se la ha presentado la imaginación reproductora ó la imaginación creativa.

La memoria nos da recuerdos espontáneos y recuerdos voluntarios, esto es, hay recuerdos que se ofrecen por sí solos al espíritu sin que se les llame ó se les evoque, sin que la voluntad tome parte en ello; hay otros que el espíritu busca y encuentra; sobre ambos tiene dominio la voluntad.

87.—El olvido.—El olvido es la no-memoria. Este *borra* del alma, hace desaparecer de ella tanto las imágenes como las ideas y pensamientos, y las afecciones. El no-recuerdo puede ser por completo, cuando en lo absoluto hemos olvidado algo, de tal manera que ni tenemos conciencia de ese olvido; ó bien, cuando nos damos cuenta del olvido, en cuyo caso queda aún algo en el espíritu de lo que queremos recordar, tanto que lo buscamos y en muchos casos lo encontramos, porque en realidad no es la completa negación del recuerdo, sino más bien un semi-recuerdo. San Agustín, al hablar de este olvido, dice, que al perder algo en la memoria, lo buscamos en ella, y que cuando lo encontramos lo reconocemos inmediatamente exclamando: «Ahí está.» “De seguro lo habíamos olvidado, prosigue el Santo, pero no había perecido enteramente, y la parte que conservábamos nos era útil para encontrar la otra parte.”

88.—Varias especies de memoria.—La experiencia diaria nos demuestra que hay varias especies de memoria, ó más bien, que no todas las personas se acuerdan igualmente de las mismas cosas. Unas recuerdan con suma facilidad los lugares, otras las fechas, otras los nombres, hay quien recuerda admirablemente los sucesos, y quién, las formas; sin embargo de esto, la memoria es *una* y no puede dividirse, de manera que las especies señaladas, son simples cualidades de esta facultad.

La memoria, así como en el estado normal, se nos presenta con las cualidades antes dichas, también suele tener otras y son las que constituyen lo que se

llama una buena memoria; *facilidad, prontitud y tenacidad*, son las que más generalmente se señalan como bondades de una memoria perfecta; por la primera se aprende fácil y rápidamente, por la segunda se recuerda bien y por la tercera se conserva largo tiempo. La memoria que suele llamarse *mediana*, es la que tiene estas cualidades en mediana escala, y la memoria mala es la que posee en ínfimo grado, una ó dos de ellas.

89.—Educación de la memoria.—El desenvolvimiento de la memoria está sujeto á ciertas leyes, que bien observadas y practicadas, la educan de una manera ventajosa. La primera de esas leyes, consiste en herir los sentidos y la imaginación, de modo que se produzca una impresión muy viva. Todos sabemos por propia experiencia, que una fuerte impresión recibida, aun por una sola vez, se fija tenazmente en el alma, y después se reproduce pronta y fielmente muchas veces, durante toda la vida; por el contrario, una impresión débil, aunque se repita muchas veces, no se graba profundamente en el espíritu, y por consiguiente se borra fácilmente, y mientras esto no sucede; su recuerdo es tardío é inexacto. De aquí que para hacer que la memoria retenga lo que se le confía y recuerde con facilidad y exactitud, es indispensable que le mostremos los objetos, ideas y pensamientos, revestidos del más vivo interés.

En segundo lugar, debe provocarse la atención por cuantos medios sea posible: ya hemos visto el valor de la atención y su inmensa importancia, y no sería conveniente repetir lo que en otra parte queda di-